

¡Pedimos responsabilidades por los sucesos de Mula, Castellar de Santiago y Solera!



RENOVACION

ÓRGANO DE LA FEDERACIÓN DE JUVENTUDES SOCIALISTAS DE ESPAÑA

Tragedias rurales

La sombra de los tricornos

Nuevamente ha corrido en abundancia la sangre. Por una vez más han funcionado los máuseres de la guardia civil haciendo abundantes víctimas entre camaradas nuestros. Poco a poco, con seguridad y con cortos intervalos, va llenando el llamado benemérito cuerpo el recipiente de la desesperación, del odio, de los justos afanes de venganza de la clase obrera. Va llenándolo con la misma sangre obrera, siempre generosa por su causa emancipadora. Podría ocurrir que la vertida rebasara los límites y provocara la hoguera.

Si hay alguna institución en España que más puro conserve todo el detritus que ilusamente creímos barrer el 12 de abril de 1931, esta institución no puede ser sino la guardia civil. Constantes represores de los movimientos obreros, han empleado en esta tarea, grata a ellos, tal cantidad de odio, han puesto en juego tal dosis de crueldad de espíritu, que estamos casi por darle la razón a Erenburg en su trágica visión de la guardia civil. Defensores acérrimos del caciquismo monárquico, amparadores seguros en todos los pueblos de los poseedores contra los desposeídos, mantenedores de Sanjurjo en el 10 de agosto, han demostrado una y otra vez hasta la saciedad su incompatibilidad con un régimen que se titula República de trabajadores y que dice que se orienta sobre un régimen de justicia social. Porque la guardia civil va sistemáticamente contra los trabajadores; porque no son republicanos; porque significan la opresión y porque simbolizan la defensa de la mayor de todas las injusticias: la injusticia de la actual organización económica. Por estos motivos la guardia civil no puede seguir existiendo en una «República de trabajadores organizada en régimen de libertad y de justicia».

Por lo demás, a nosotros los jóvenes socialistas no se nos ha revelado ahora la incapacidad de este cuerpo y la necesidad de su desaparición. De rigor es que mencionemos la tragedia de Arnedo, que quedó como un hito, señalando el grado que puede alcanzar la ferocidad humana con tricorno dedicada a la caza del hombre indefenso, del niño y de la mujer que huye. Pero si cabía albergar alguna esperanza de que por una represión ejemplar no se volvería a repetir la hazaña, ya podemos abandonarla. Transcurrido casi un año de lo de Arnedo, no conocemos ninguna clase de sanciones, y, en cambio, se producen sucesos como los de ahora. Lo repetimos. La guardia civil ha probado suficientemente su incapacidad, y debe darse por terminada su funesta labor. Pedimos, una vez más, su disolución. Y no solicitamos el castigo de los culpables porque de antemano sabemos que iba a ser una petición inútil.

Pero hay otra cosa. En el reciente Congreso del Partido se aprobó una propuesta favorable a la disolución del funesto cuerpo. Una intervención del camarada Prieto redujo las pretensiones de la propuesta anterior a una aspiración del Partido. Pues bien: creemos llegado el momento de resucitar la propuesta y de llevarla al Parlamento. Creemos que ya es hora de pensar seriamente en aplicar a la guardia civil idéntica medida que a diplomáticos y magistrados. Hay que sustituirlos, en el campo, por una policía de carreteras, y eliminarlos de la ciudad. Todo antes de que esos sufridos proletarios del campo, esos campesinos que sobrellevan estoicamente una tremenda crisis económica, comiencen por su cuenta, y por el único camino a su alcance, a exigir estrechas cuentas a este cuerpo a quien nadie se atreve a exigirselas.

Habla Zinoviev

Los rusos y la revolución democrática

Los párrafos que transcribimos pertenecen al libro «Historia del partido comunista ruso», de Zinoviev:

«Discusión sobre la reivindicación: "Gobierno provisional revolucionario."»

El 9 de enero planteó en toda su amplitud, ante nuestro partido, la cuestión del Poder, o, como se decía entonces, de la participación en el Gobierno provisional revolucionario. Los bolcheviques, con todas sus fuerzas sostenían la fórmula: «Organización de una sublevación armada y constitución de un Gobierno provisional revolucionario.» Pero los mencheviques la combatieron enérgicamente. Y de nuevo, hecho característico, oponían a la participación en este Gobierno argumentos aparentemente "marxistas". "¿Cómo nosotros, socialistas—decían—, podríamos participar en un Gobierno que no fuese socialista?" Y se referían a la experiencia lamentable del millerandismo.

Como es sabido, Millerand fué antaño socialista, e incluso socialista de izquierda. Pero se dejó corromper por la burguesía y consintió en participar en el Poder. Aceptó una cartera en un Gabinete burgués, declarando: "Entro en el Ministerio para defender en él los intereses de los obreros." Pero, incluso si lo hubiese querido, Millerand no hubiera podido cumplir esa tarea, y, poco a poco, se convirtió en el agente directo de la burguesía.

Todos los marxistas ortodoxos se elevaron contra Millerand, y, en el Congreso de Amsterdam, la Segunda Internacional se pronunció contra él. En este Congreso se produjo el famoso duelo entre Bebel y Jaurès, que defendía, en cierta medida, la táctica menchevista. Bebel, que estaba en contra de la participación ministerial, triunfó, y se decidió que en ningún caso los socialistas podrían entrar en un Gobierno burgués, donde no serían más que rehenes, agentes de la burguesía. En efecto, al cabo de un año apenas de ejercicio del Poder, Millerand hacía tirar ya sobre los obreros huelguistas.

Personalmente, Jaurès era un hombre de una pureza cristalina. Amando profundamente al proletariado, pagó con su vida su devoción por la clase obrera. Pero, por su ideología, era reformista, y, al principio de su carrera de ministro, Millerand explotó repetidas veces su buena fe y su idealismo. Más tarde sostuvo una lucha vigorosa contra Millerand y sus congéneres; pero continuó fiel a los principios del reformismo, que trataba de defender en la Internacional.

Los mencheviques no dejaron de explotar contra nosotros la experiencia del millerandismo. "¿Ved—decían—adónde ha llevado el millerandismo. ¿Cómo, después de ese ejemplo, podríamos participar en un Gobierno provisional revolucionario en Rusia?" Permittednos—respondíamos—; omitis un detalle importante: en Francia, Millerand ha entrado en un Gobierno burgués estable, en un momento que no tenía nada de revolucionario. Para hablar simplemente, se ha vendido a la burguesía. Pero en nuestro país, en 1905, se trata de derribar al zar, cuyo trono se tambalea ya. Para eso es preciso constituir, en el curso de la lucha, una organización revolucionaria central obrera y campesina; en otros términos: un Gobierno provisional revolucionario. Y los representantes de la clase obrera deben participar en ese Gobierno, incluso si su efectivo no es puramente proletario, pues es preciso crear un centro de organización que asegure la victoria de la revolución.»

Los comunistas españoles habrán podido fijarse cómo los revolucionarios rusos sostienen las mismas tesis que nuestro Partido Socialista. Pensamos igual que Lenin pensaba en una ocasión semejante a la en que nos hallamos. ¿Por qué nos combaten?

La descomposición de la C. N. T.

El sindicalismo atraviesa actualmente por la última etapa de su descomposición. Como el pez herido de muerte, da sus últimos bandazos, ciegos y violentos, que quieren ser síntomas de vitalidad y que sólo significan el anuncio de su próximo fin. Promueve huelgas sin más razón que el capricho de sus dirigentes, las mantiene por el terror, saboteando indignamente los deseos del que no quiere secundarlas, y se goza en su propio fracaso, acelerándolo con su táctica suicida.

La causa de esta disgregación de un organismo que no hace mucho tiempo marchaba en auge, no es otra que la absoluta falta de programa doctrinal, de contenido aglutinante que pudiera dar cohesión a los elementos que reunía. Así como la Unión General de Trabajadores, por la profundidad que calan sus principios, se mantiene cada día más firme, a pesar de su extraordinario crecimiento, la Confederación, falta de un cuerpo doctrinal, se desgaja por momentos. No anotamos el hecho con la malsana alegría del que ve caer a un enemigo, porque en este caso el enemigo arrastra en su derrota a un gran número de obreros que ven cómo les abandona su confianza en sí mismos y en las organizaciones obreras. Y siempre es trágico ver cómo los trabajadores pierden la firmeza moral que da la fe en la causa de la redención del proletariado.

Cuando llegue el momento histórico de hacer el balance de este período, los inconscientes que ahora dirigen la Confederación hacia el fracaso habrán de apuntarse en él debe esta responsabilidad de haber creado toda una generación de escépticos, de desengañados. Y ha de correspondernos a nosotros, al Partido Socialista, a la Unión General de Trabajadores, a las Juventudes Socialistas, el devolver a esos hombres la fe en sí mismos y en los destinos históricos del proletariado, para que todavía puedan ser útiles a su causa.



EL CAJISTA, por Arribas

Aniversario del inicuo fusilamiento

Se ha cumplido el aniversario del fusilamiento de los capitanes Galán y García Hernández. El recuerdo de ambos héroes se halla perenne en nuestro espíritu. No se borran fácilmente escenas de gran emoción y profunda importancia en la historia española. La excelcitud de estas figuras queda reflejada en el siguiente comentario de El Socialista:

«Y notemos un suceso en que no son muchos los que han parado su atención: el de que por primera vez, después de Riego, Lacy, etc., el ejército español proporcionó a la admiración y devoción de los hombres civiles nuevas figuras. Se hace necesario que Galán y García Hernández se subleven en Jaca, y se conduzcan, vencida la rebelión, con un sentido excepcionalmente caballeroso del honor, para que el pueblo, en sus estratos más humildes, se muestre propicio a la admiración y al fervor. Son dos nombres consignados a la Historia. La República comienza en ellos. Serán, pues, en todos los trances los animadores de ella. El pueblo, justo en sus valoraciones definitivas, los retiene tal y como se le ofrecieron en el último momento, cuando opusieron, a las descargas del pelotón, sus pechos. Atentan contra su recuerdo quienes se atreven a hacer con tales nombres plañideras particularistas. Los disminuyen en su importancia histórica quienes los traen y los llevan en apoyo de tesis y contratesis. Si de alguien son, íntegramente, es de la República. De la España que se está haciendo De la que es menester, en homenaje a su sacrificio, seguir haciendo con esfuerzo ejemplar. No puede haber correspondencia más perfecta: a un sacrificio heroico, un esfuerzo sostenido y ejemplar. En beneficio de España, en provecho de la República.»



FANTOCHES DE GUINOL

Carta abierta

Se aproxima el momento en que la ironía juega sus más ágiles piruetas — estimada señorita —. A compás del frío y los festejos de diciembre, las Asociaciones de caridad, alargadas casi todo el año, resurgen de su ensueño primaveral y, con afanosa loa, comienzan una recolección de bonos, y juguetes, y trajecitos de lana para entregárselos a los niños pobres. Esto me horroriza a tal punto que no puedo menos de hacerle a usted algunas consideraciones sobre ello, por si pudiese evitar su contribución a tales espectáculos. Verá usted: aunque en esta sección sea un frívolo volatinero del humorismo, voy a hacerle psicoanálisis, lo mismo que pudieran Freud y sus ortodoxos. Para los psicoanalistas, en el ser humano hay tres divisiones de la personalidad: el "yo", el "superyó" y el "ello". Pues bien: sobre el "yo", que es la personalidad incolora, actúan, o bien el "superyó", que son la educación, los sentimientos adquiridos, las cortesías, los buenos modales, los conocimientos intelectuales, o el "ello", que es lo ancestral, lo salvaje — regresión a épocas primitivas que el hombre lleva dentro siempre —. Y ¿sabe usted cómo califican los psicoanalistas a las señoras que regalan bufanditas de lana y organizan festivales benéficos para niños tíñosos o aquejados de parecida enfermedad? Pues como un enquistamiento del "ello" en el "yo", cubierto hipócritamente por un "superyó" falso. Es decir: un "superyó" que da la caridad como resultado de compasión, de bondad, de amor al prójimo, que hace fabricar abrigos de lana, cubriendo el "ello" auténtico, que no es más que el deseo de vanidad, de no aburrirse, de ser considerada como persona caritativa a costa de una nula caridad.

Por si acaso conserva usted en su "superyó" algo de persona inteligente — ¡que lo dudo, porque la burguesía demuestra siempre semejanzas al barril con patas! —, le advierto esto. Su acto es moralmente cochambroso, aunque usted lo crea digno de elogios. Además, hay otra cosa. Desde hoy me pienso dedicar a convertir niños del siguiente modo: ¡Mira monín — les diré —, cuando una persona mayor te regale en las fiestas de Navidad juguetes o abrigos de estambre, obséquiala con fuertes patadas en las espinillas! Esa persona se cree que por comprarte una trompeta o un globo colorado se compró la impunidad en la tierra y la bienaventuranza en el cielo. Después explotará a tus padres cochamente en cualquier trabajo. Y se guardará los dineros que tus padres produzcan. Aunque te regalen, niño, muchos juguetes, sacúde fuerte. ¡Todos los juguetes del mundo y todos los salarios del mundo son menores, juntos, al capital burgués! A la diferencia existente, ¡no lo olvides nunca, niño!, la llamó Carlos Marx "plusvalía".

DIÓGENES

Estatuto gallego

¿Existe sentimiento autonomista en Galicia?

Anunciamos en nuestro número de RENOVACION, en un centrefleite, que en números sucesivos nos ocupáramos del problema que a estas horas se plantea a Galicia al pretender un grupo de políticos gallegos dar a Galicia un régimen de autonomía semejante al concedido recientemente a Cataluña. De advertir es que, por la índole especial y compleja que acusa el problema, dividiremos este trabajo en tres o cuatro artículos que sucesivamente se irán insertando en estas columnas.

¿Existe, en efecto, sentimiento autonomista en Galicia? Difícil se nos antoja aventurar una respuesta categórica. Lo que sí nos atrevemos a rechazar es la afirmación lanzada en aquella tierra por algunos ultraautonomistas, a virtud de la cual en Galicia, a los efectos de la autonomía, concurren iguales circunstancias que en Cataluña. Sólo mentalidades apasionadas pueden asegurar tamaña cosa. En Cataluña son razones históricas las que concurren y las que hacen más indispensable la concesión del Estatuto. Sin negar derecho a cualquier otra región a poseerlo. Pero, repetimos, lo que no puede aceptarse como vezas es la pretensión de esos señores de que Galicia esté en iguales condiciones que Cataluña. Volvamos sobre lo del supuesto sentimiento autonomista en Galicia. Psicológicamente, Galicia se parece a todas las demás regiones. Cuando se habla de la defensa exclusiva de sus intereses, Galicia vibra, renueva sus deseos de hacer tangibles sus pretensiones. Cosa, claro es, que a nosotros se nos antoja lógica. Pero de la que se han pretendido sacar consecuencias equivocadas y absolutamente tergiversadas del verdadero sentido del problema. Quien estas líneas traza conoce Galicia. A Galicia y a los gallegos. Y entre algunos se explota el mito — no hemos de ser nosotros quienes lo corroboremos — de que Galicia es, en la hora presente, la «Cenicienta» de España. Estas manifestaciones se producen repetidamente; pero en casos aislados. No responden a un sentimiento genérico. A través de nuestros viajes por la región galaica podemos asegurar que ni ahora ni nunca hemos observado, ni siquiera vislumbrado, la existencia de un sentimiento autonomista, profundamente autonomista. Y lo que es peor: no ya sólo no mostrarse colectivamente por la autonomía, sino que los pocos, muy pocos, que propugnaron por ella desconocían por completo las normas direc-

trices de un régimen autonómico. Tan desapasionadamente nos proponemos estudiar el problema de la autonomía gallega, que aceptamos la posibilidad — todos estamos sujetos al error — de que seamos nosotros los equivocados. Pero si nos puede ser permitido que pongamos en tela de juicio el pretendido sentimiento autonomista en Galicia. Razones existen que abonan esta nuestra posición. Y sin atrevernos a negar la existencia de ese sentimiento, lo que sí afirmamos es que está por hacer una demostración clara, diáfana, de ello, de que, en realidad, el pueblo gallego desea para sí la autonomía.

Lo que ocurre en Galicia es, como decimos al principio refiriéndonos a la psicología de las regiones, que un político cualquiera, pretendiendo extender patentes a todos los demás gallegos de mayor cariño a Galicia, explota el que, por ejemplo, no se le concedan a aquella región equis millones de pesetas para la construcción de un determinado ferrocarril; que no se le conceda otra determinada cantidad de dinero para la construcción de un determinado muelle, etc. Lo explotan, primero, para presentarse ante la opinión gallega como sus más decididos y entusiastas defensores. Y SEGUNDO, POR SU ODIO AL GOBIERNO QUE EN LA ACTUALIDAD RIGE LOS DESTINOS DE LA REPÚBLICA. Y la solución que ofrecen es la autonomía, para que Galicia no siga siendo, como dicen, la «Cenicienta». ¡Propugnar por la autonomía! ¡Pero sí precisamente los que más se distinguen en la defensa de esa autonomía son elementos que siempre se mostraron enemigos de todo progreso o acto revolucionario! Y las autonomías, tal como se entienden en el régimen actual, no son más que eso: algo progresivo. Y nosotros conjugamos el progreso y el revolucionarismo como algo sinónimo.

Hagamos punto final por hoy. Cerremos este tema repitiendo lo que más arriba decimos: no está claro ese sentimiento autonomista en Galicia. No pretendemos, no obstante, emitir un juicio concreto, hoy por hoy, acerca de la simpatía o enemiga que nos inspire el pretendido Estatuto gallego. A estos efectos, quizá podamos ser más explícitos en nuestro próximo artículo — segundo de este pequeño serie —, en el que hablaremos sobre «Quénes son los líderes del movimiento autonomista».

GOPIS

Temas

II

Retornamos nuevamente sobre el tema «Misión de Juventudes», en el que ya prometimos, al caer del artículo pasado, reincidir. Es de conveniencia, porque la creación de una organización socialista juvenil nueva trae consigo, para los ya militantes antiguos dentro de las Juventudes, el compromiso moral de hacer táctica para los bisoños. En realidad, no estamos nunca los jóvenes suficientemente preparados, porque aun a aquellos que no les falte preparación intelectual, fáltales la preparación sindical y política que da la estancia continua en las filas de las organizaciones. Dentro de esta impreparación, como parte integrante de ella, la referible a táctica, a problema de táctica en la lucha política. Recuerdo a un compañero que conversando conmigo me aseguraba el terrible problema que las Juventudes locales corrían, por desconocimiento de problemas de táctica.

—Nosotros—decía—asistimos a las asambleas de las Agrupaciones y de la Sociedad obrera como un afiliado más. ¿Qué debemos hacer dentro de ellas?

Y sobre esto me quiero referir. Crear una organización juvenil en cualquier provincia o en cualquier pueblo donde de antaño existe Sociedad obrera es algo más que cotizar cuotas a la Federación nacional. Es seleccionar lo más pujante y valioso de la masa proletaria, para encauzarlo en un organismo nuevo. Y, a mi juicio, el nuevo organismo tiene dos deberes que cumplir. El primero, y de fin más inmediato, encauzar, con la jugosidad que a todos los problemas presta el ser joven, el movimiento obrero local por caminos marxistas. El segundo, de más remoto porvenir, ir creando en el lugar un sentimiento marxista individual y colectivo que abarca desde la estructuración de la nueva economía al nuevo derecho y a la nueva moral. Está, sobre todo. Lo que podríamos llamar extirpación de prejuicios, de costumbres, de tradiciones; porque las costumbres, y las tradiciones, y los prejuicios atan, por lo impalpables que son, aún más que las cosas fundamentales. El «modus vivendi», el conjunto de usos cotidianos, de ideas inculcadas no ya en la mente individual del presente, sino en la mente del antecesor, que ha venido trasvasándolo de generación en generación, es el terrible lastre del revolucionario. Ya se ve si es ambicioso el tema y cómo no puede tratarse a la ligera, habiendo lugar hasta de escribir, ya que no un libro, un mediano folleto. Moral familiar, moral sexual, moral religiosa. He aquí puntales nuevos que poco a poco debemos ir creando. No se puede ser revolucionario económicamente si no se es revolucionario en todo. Porque todo está bien trabado y bien asido; y al sentirse revolucionario así, unilateralmente, se siente en mala hora. Y no hay nada más reaccionario que un revolucionario a destiempo.

Pero como la ambición del tema es grande, quiero constreñirme tan sólo al primero, de más inmediato porvenir. Labor a realizar los jóvenes socialistas dentro de las organizaciones locales. A mi juicio, puede reducirse a dos puntos amplios, a su vez capaces de subdividirse en otros más. El primero, prestar constantemente el sentido revolucionario a las determinaciones de los hombres maduros, tendentes siempre a una reacción —un exaltismo—dentro de la misma revolución. Esto ya lo apunté, tan siquiera fuese de pasada, en el artículo anterior.

Es decir, influir con la discusión en las asambleas para hacer luz en los asuntos. Discusión, desde luego, en la oposición. No debe nunca un joven socialista, a mi parecer, aceptar cargos en la organización del Partido mientras en él pregone su ansia la auténtica juventud. Está su puesto en la oposición. Cargo en la Juventud local, y oposición como afiliado en la Agrupación, para llevar a ella el espíritu revolucionario auténticamente juvenil.

El segundo punto se refiere a la capacitación. No integral, porque ésta cae en el postulado sostenido anteriormente del porvenir remoto, sino mínima. Es decir, la suficiente para ir poco a poco ocupando puestos regidos por hombres maduros, de modo evolutivo, que es la manera más certera de transformar. Yo veo en los hombres del Partido, en el momento presente, un gran defecto: que es el haberse encontrado siempre dentro de un Socialismo destructivo.

Tres ensayos

Dictaduras y dictadores

Se ha substanciado ha pocos días el proceso contra los miembros de la mal llamada primera dictadura española, en la que un general sirvió de naipe a un monarca para cierta jugada anticonstitucional. En puridad, a la luz de la crítica más despiadada y severa—crítica marxista—, ni hubo dictadura por parte del que se ha dado en llamar dictador, ni nos importara mucho la jugada contra la Constitución, si no hubieran nacido al lado suyo, como erupción de hongos silvestres, multitud de desfalcos y anomalías económicas, que justo nos es a nosotros enjuiciar; y digo lo de la Constitución, porque para mí—particularmente—las Constituciones solamente son un papel en blanco, sobre las que la democracia burguesa escribe siempre lo que quiere. Yo no sé esta confesión qué les ha de parecer a hombres maduros de nuestro Partido, que tanto fervor han puesto en la construcción de la nuestra, la española; pero sí sé que actualmente muchos jóvenes piensan de modo semejante a mí, y no seremos nosotros quienes entablemos relaciones políticas con las Constituciones—residuos del individualismo burgués—el día que a los hombres maduros nos toque relevar, si estos hombres maduros aún no han podido llegar al Socialismo de Estado. Constituciones, cuantas menos, mejor. Y cuanto menos conspicuos defensores de ellas, mejor todavía. Véase, a guisa de ejemplo, la historia de la Socialdemocracia alemana.

En cuanto a la no existencia de la dictadura personal del general Miguel Primo de Rivera, es la causa de este modesto ensayo. He dicho que el general sirvió de naipe, y es cierto. La mano que lo barajó fue otra. El general no encauzó nunca fielmente el tipo psíquico ni fisiológico del dictador. Algo se ha escrito ya, sobre la psicología de los dictadores, para que el espíritu analítico diga sobre esto una opinión—comenzando por Plutarco y concluyendo en dos obras de actualidad, la «Técnica del golpe de Estado», de Curzio Malaparte, fascista inteligente, y la biografía de «Robespierre», de Hans Vom Henning—pueda asegurar que el general Primo de Rivera solamente pudo hacer lo que hizo en un país como España, en circunstancias especiales, a virtud del régimen ignominioso a que la tenían sometida los compadrazgos de partidos políticos, liberales y conservadores, turnando en el poder, y el mito de la personalidad real, arraigado en el espíritu popular con la misma fuerza que en cualquiera otra nación europea—salvemos Francia—de la ante-

guerra, porque para España la guerra ha traído, ya muy tarde, y solamente por reflejo, sus provechosas enseñanzas; pero sin que para esto hiciese falta el menor espíritu dictatorial. Como más adelante hemos de ver, la dictadura, sustentada por un dictador auténtico, no acaba como la española después de unos años de algaradas, sino con la muerte del dictador—puestos en el mejor de los supuestos—y aun nunca—puestos en el peor—; pues la dictadura constituye ya en sí un módulo de derecho político, profundamente colectivista minoritario, capaz de suplantar perfectamente al régimen constitucional mayoritario de las democracias burguesas, condenadas a desaparecer. Véase el caso de Rusia, con la dictadura proletaria, establecida por Lenin y Trotsky, continuada por Stalin, y a continuar en un futuro aún no se sabe por quién. ¿Que parece asombroso esto, y más aún en un socialista? Quizá no tanto, como más adelante se ha de ver. Acaso es que no estén acostumbrados nuestros oídos a este lenguaje desusado de dictaduras, porque hasta hoy dictadura significó tanto como reacción burguesa. Pero la palabra «dictadura», para nosotros, los marxistas, debe tener un significado más elevado. Dictadura del proletariado. Cuando la dictadura es apoyo de reacción, y cuando la dictadura es ayuda revolucionaria, hay que establecer las procedentes distinciones. Las dictaduras capitalistas no son más que un freno, una regresión a lo tradicional, impregnados de un fuerte y autoritario espíritu conservador. Las dictaduras proletarias son el cauce fructífero de las revoluciones, el apoyo de los Comités ejecutivos en el desarrollo de su labor. La dialéctica revolucionaria, de la que un Partido Socialista marxista, en el momento definitivo de la conquista del Estado, no puede prescindir.

Pero nos hemos alejado, en digresiones, poco a poco, de lo básico de nuestro ensayo. Los dictadores. La causa estaba en el espíritu dictatorial de los años anticonstitucionales habidos desde 1923 en España. ¿Fue una dictadura, en la más verdadera y completa acepción de la palabra? ¿Fue el general Primo de Rivera un dictador? Para que la dictadura se complete, hace falta el hombre que la sepa sostener, y aun crear, en parte. La dictadura se hace difusamente, a través de corrientes de opinión en un país. Necesita lo indeterminado, lo amorfo en la vida política. El dictador recoge, concreta y plasma en un estado concreto este estado amorfo. La dictadura, en abstracto, es la parte dogmáti-

ca. El dictador es la parte orgánica. A mi juicio, la dictadura puede suplantar perfectamente al régimen constitucional mayoritario de las democracias burguesas. Por ello, el verdadero espíritu dictador desdena, por inservibles, las Constituciones, aunque aparente—con hábil dialéctica—afanarse por la formación de una. El caso Mussolini es típico en esto. Primo de Rivera, el general español, con su ingenuidad característica, deseaba una nueva Constitución para España. ¿Que no lo llevó a cabo, se puede argüir? Exacto. Pero ya dijimos que no fué el general un auténtico dictador. Si a Primo de Rivera se le abandona solo a sus decisiones, hubiera sido manejado ingenuamente hasta por los políticos viejos. Es más: el general, por sí solo, sin el Papa Gris borbónico detrás de las bambalinas, no hubiese dado ni el golpe de Estado.

Así, por tanto, para examinar objetivamente este problema, prescindamos del típico caso español, al que habrá lugar en otro de los artículos, correspondientes al ensayo, de tratar. Decíamos que la dictadura puede suplantar, y aun debe, a veces, al régimen democrático. Ahora bien; las dictaduras han sido siempre el apoyo último del régimen que se iba a hundir. Las reacciones políticas, en un momento agudo, recurren a las dictaduras. Exacto. Pero obsérvese: todo sistema integral, que es reacción y revolución, tiene un punto álgido para ambas, que, al decrecer, se va recorriendo de distinto modo. Así es la dialéctica de la Historia, que Marx, acertadamente, descubrió y nos dió a conocer. Régimen privado de propiedad: Reacción-revolución. Reacción aún mayor: Revolución adecuada. Reacción más fuerte aún: Revolución nuevamente. Devenir continuo de movimientos de masas. Y un límite al final de ellos, que es el que el Socialismo de Estado ha de cubrir. Y entonces, puesto que el sistema de propiedad privada comenzó por dictadura—feudalismo, corporaciones, monarquía absoluta, para concluir en democracia—Revolución francesa, monarquías constitucionales, repúblicas democráticas—. El sistema colectivista de propiedad, en vez de seguir perfeccionando la democracia adquirida por el régimen de propiedad privada, hace un cambio brusco de frente, retorno a los principios. Y comienza dictadura para concluir en democracia. Democracia integral, que en el fondo habrá perdido el valor etimológico. Pero de esto hablaremos en el capítulo próximo.

S. SERRANO PONCELA

El Instituto de Reforma Agraria

Por motivos que desconozco, quizá por extravío de las cuartillas que por mí fueron escritas con destino al pasado número de nuestro semanario, no se publicó conforme debía haberse publicado el comentario en el cual intentaba yo exponer los motivos que me inducían para llamar la atención de los jóvenes socialistas y hacerles que sintieran, como yo he sentido, la repugnancia que puede cualquier hombre de mediana sensibilidad sentir ante hechos como la forma de constituir este Instituto, que parece creado con el especial encargo de fingir la implantación de la casi absurda Reforma agraria que nos han legado las Cortes constituyentes. Decía yo que para nada se tenía en cuenta el medio millón de campesinos organizados en la Unión General de Trabajadores, y se les dejaban dos puestos en el organismo cuya estructura comentamos.

Pero eran dos puestos y con la obligación de celebrar, para cubrirlos, una elección directa, dándose un plazo de cinco días, ampliado a siete más después, para que las Sociedades interesadas se inscribieran en el censo por el cual debía verificarse la elección.

Hay más: estos puestos de vocal se declaraban, como ya decíamos en el artículo anterior, incompatibles con los de diputado y empleado del Estado.

¿El porqué de estas incompatibilidades?

Basta que el lector examine quiénes son los hombres más capacitados en materia agrícola de nuestra organización y los puestos que desempeñan en la Federación de industria de los camaradas campesinos, para comprenderlo rápidamente.

Pero este decreto se anuló totalmente para ser suplido por otro. Conseguido ¿por quién? Ya lo decíamos; los trabajadores de la tierra, organizados. Con gran tacto, dada la situación política del momento, se envía una respetuosa, pero muy enérgica, protesta de cada una de las Secciones que militan en nuestro campo, y basta para que el mismo que firmó, sin leer, al parecer, decreto la nulidad de lo hecho y lo rectifique de modo completamente opuesto al primeramente realizado.

Al parecer, se le abren las hojas, y reconoce el inmenso trabajo y tiempo que ha de llevar la confección del censo y decreta, ante la imperiosa precisión de comenzar a trabajar, que la entidad que en su seno alberga más trabajadores de la tierra puede elegir los seis representantes que concede el nuevo decreto.

Decíamos al final del artículo anterior que los vocales técnicos que allí están votando contra el interés de la clase trabajadora. Nos remitimos a las pruebas: hasta el mismo director,

a quien no habíamos contado, lo hace. En la pasada semana, según la referencia que nos consta es la más exacta de cuantas publica la prensa, que apareció en el órgano de nuestro Partido, puede verse; cuantas votaciones se hicieron eran perdidas por nuestros camaradas, que a pesar de luchar con argumentos potentes, frente a lo que pudiera decirse cerrilidad técnica, no consiguieron nada; ni uno solo de estos señores a su favor.

Y terminamos con la misma conclusión.

La Reforma agraria, dijo el más elevado representante del Gobierno, venía a liberar al campesino. Y desde luego, se entiende, perjudicar al propietario.

Pues bien: sobra con que se entiendan o discutan, y después voten, obreros y propietarios, y aún caben los arrendatarios; pero los técnicos, para asesorar; y si se pretende que acrediten la enorme paga que les ha sido asignada, que lo hagan asesorando, pero no votando.

Porque encima de tener paga a costa del pueblo, ya lo veis, les sirve para luchar contra éste, aun a pesar de promesas y discursos de quienes tenían que haberse callado, cuando pensaban dejar que en la Gaceta se publicara lo que volvemos a llamar trasto, y no organismo, como pretenden que sea.

Julio PINTADO

N. de la R.—Si se suprimieron algunos párrafos del pasado artículo del compañero Pintado, fué por necesidades de ajuste. Conste esto para su satisfacción.

Los jóvenes socialistas españoles no podemos silenciar en estos momentos nuestro grito de protesta enérgica ante los sucesos de Mula, Solera y Castellar de Santiago. Se asesina a los socialistas españoles con mayor frecuencia que en pleno período dictatorial. Y se produce la dolorosa paradoja de que siendo los socialistas los sostenedores más recios de la República, son sus filas — las del Partido Socialista y la Unión General de Trabajadores — las que más víctimas han sufrido. Más que las filas de la C. N. T., con haber ésta boicoteado tan sañuda y violentamente a la República. Lo que viene a corroborar que somos hoy por hoy la más temible masa que el capitalismo tiene frente de sí. Arnedo, Palacios Rubios, Salvaleón, antes; Mula, Solera, Castellar de Santiago, ahora, prueban fehacientemente que entre la reacción, secundada por su aliada la guardia civil, se ha llegado a un punto final de coincidencia, por virtud del cual, para extinguir el espíritu socialista del país, hoy tan profundamente arraigado, adoptan el procedimiento de triturar a tiros a nuestros hombres. Y ha llegado el momento en que esto debe parar. Ya es demasiado. Lo acontecido constituye una vergüenza, un baldón del cual no podrá librarse hoy ni en el porvenir la República. Si ésta, su Gobierno, su Parlamento, no se deciden a hacer justicia, el escepticismo prenderá en las masas proletarias, y con ello, el régimen imperante perderá su más leal y fiel colaborador.

Socialismo y socialismos

Del momento

Con este mismo título dió el camarada Fernando de los Ríos una conferencia en el paraninfo de la Universidad, y en ella explicó, de forma admirable, tanto por el fondo como por la calidad del ropaje con que supo vestirlo, una definición del Socialismo, enfocándole desde un punto de vista directo; es decir, diciendo lo que el Socialismo es. Va a perdonarnos que le plagemos el título en gracia a nuestra intención, del mismo género que la suya. Sin embargo, no pretendemos seguir el mismo camino — que, por otra parte, sería un intento superior a nuestras fuerzas —, sino que partimos de un punto de vista opuesto. No pretendemos definir lo que es el Socialismo. Mas bien lo que queremos es señalar lo que el Socialismo no es, aunque un criterio corriente y superficial así lo entienda. Pretendemos al mismo tiempo deslucir un equívoco extendido, por desgracia, entre nuestros mismos camaradas y explotado por nuestros enemigos.

Es corriente al hablar de la política española actual por los elementos reaccionarios, tanto republicanos como no republicanos, que digan que tiene un matiz socialista, que los ministros socialistas hacen una política de partido. Esto, aunque fuera verdad, no tendría nada de extraordinario, pues están en los ministerios como mandatarios de un partido. Pero como es del todo falso, sin fundamento, no puede decirse sin que los que tal afirmación mientan, o por ignorancia o por mala fe. Y es que los que eso sostienen confunden lamentablemente el concepto de lo que es, el Socialismo, tomando por tal lo que no es más que una política social. Así, toda la admirable obra del camarada Caballero no tiene, a pesar de su sentido avanzado, a pesar de su tendencia obrerista, a pesar de reconocer al proletariado derechos siempre negados, a pesar de todo, un ápice de socialista. Es una obra de política social magnífica, difícilmente igualable; pero en manera alguna puede ser calificada de socialista. Que esto lo confundan, por error o por conveniencia, nuestros enemigos no debe importarnos, puesto que están en su papel de eternos impugnadores de todo lo proveniente del campo socialista, aun de lo excelente, sin atender a otra razón que a la procedencia. Pero que compañeros nuestros caigan en la misma falta es bien sensible.

Por esta causa es ahora muy conveniente girar una y otra vez, con voz estentórea, que el Socialismo no es los Comités paritarios, ni los seguros sociales, ni toda esa trama de legislación social, por otra parte excelente, que desde el ministerio de Trabajo se ha alumbrado. No. No es esto. El Socialismo es otra cosa muy distinta. Y conviene tenerlo muy en cuenta, porque muchos compañeros pueden, por un espejismo perfectamente explicable, equivocarse de camino y tomar una bifurcación que los separe de las doctrinas marxistas. El suponer que la política social y el Socialismo nos llevarían al absurdo de tener que reconocer a la Oficina

Internacional del Trabajo como la Internacional Socialista. También en la Constitución — dicen — se ha infiltrado el espíritu socialista. Es una Constitución socialista. Casi no merece la pena referir esto. Lo único que parece superficialmente socialista es el párrafo tercero del artículo 44. Reconoce que la propiedad podrá ser socializada. Pero ¿qué requisitos exige? Nada menos que la mayoría absoluta de las Cortes. Y ¿hay alguien tan cándido que suponga que necesitaríamos para nada este artículo ni la Constitución entera si contásemos con la mayoría absoluta? Si se quiere una prueba palpable de la veracidad de lo que venimos diciendo, de que la política española no ha sido ni es socialista, de que las leyes dictadas no son ninguna socialista, la tenemos en el proyecto de ley del control obrero. Esta si que la podíamos considerar como una ley revolucionaria. La intervención de los obreros en la industria lleva implícito el reconocimiento de que los medios de producción, maquinaria, fábricas, etc., no son algo propiedad exclusiva del capitalista que los explota. De que los trabajadores también tienen un derecho reconocible sobre ellos. Pues bien, este proyecto de ley, que era la primera y única muestra revolucionaria que los proletarios querían llevar a la legislación positiva, ¿qué hace? Está esperando días y días, reuniones y reuniones, meses y meses, a que se discuta.

Se le ha archivado y no se encuentra manera de revivirlo. La burguesía ha encontrado el medio, ya que no para rechazar el proyecto abiertamente, para darle largas, en espera de que venga otro ministro de Trabajo, lo retire y todo quede en eso: en un proyecto no realizado. Todo ello sin perjuicio de llamarse revolucionarios, muy revolucionarios. Y radicales, muy radicales.

Quedamos, pues, y queremos repetir una y otra vez, para que se grave en la conciencia de todos con caracteres indelebiles, en que la política social no es Socialismo, que su base es diferente en absoluto. La política social trata de mejorar las condiciones de los trabajadores; pero siempre en un régimen capitalista. Sus soluciones son a modo de paliativos que se ofrecen a la dolencia de los proletarios, siempre dentro del capitalismo. Y el Socialismo ¿qué es? Nos tropezamos por segunda vez con la pregunta que al principio hemos soslayado. Pero ahora conviene enfrentarnos resueltamente con ella. ¿Qué es el Socialismo? O, mejor, ¿cuál es el fin del Socialismo? En pocas palabras: el Socialismo trata de conquistar el Poder para el proletariado. Este es su norte, al cual ha de dirigirse el pensamiento de cada marxista como la aguja de la brújula hacia el polo magnético, sin vacilaciones, rectamente, con los ojos cerrados. Todo lo demás, aunque se disfraza con los nombres que quiera, aunque siga una política aparentemente igual a la nuestra, no es Socialismo. Podrá ser lo que quiera; pero Socialismo, no.

Quedan con esto perfectamente deli-

mitados, a juicio nuestro, los campos de la política social del Socialismo. Su diferencia fundamental estriba en que la primera pretende solucionar el conflicto que se origina como consecuencia de la lucha de clases «dentro del régimen capitalista», sin alterar las bases de éste. No sólo no las altera, sino que su razón última es precisamente el mantenimiento del statu quo actual. Por el contrario, el Socialismo también busca solución al problema de la lucha de clases; pero de un modo muy diferente: no pactando con la burguesía, sino destruyéndola; no manteniendo las clases, sino aboliéndolas. Sus diferencias, como vemos, son notables.

No ha de verse, sin embargo, ni implícita ni explícitamente, la más mínima censura para lo que significa política social. Hemos empezado por reconocer que la obra del camarada Caballero sólo merece las adhesiones más entusiastas, y volvemos a repetirlo. La política social llena un cometido perfectamente claro e imprescindible. Es, precisamente, una lógica consecuencia de nuestra táctica. Porque nosotros, socialistas, no podemos en ningún momento especular con la desesperación del proletariado para conseguir alzar nuestra posición. No hacemos esto, sino justamente lo contrario: conseguir para los obreros todas las ventajas posibles para que sea así como acudan a enrolarse en nuestros organismos de lucha. Otra diferencia táctica que nos separa de la III Internacional. Pero por lo mismo que la política social desempeña un papel perfectamente definido y legítimo, al igual que el Socialismo, no queremos que sufran contaminaciones doctrinales una y otra. Si ambos, en su pureza primitiva, pueden cumplir una misión histórica de altos vuelos, mezclados, sin la debida separación, nos conducirían necesariamente a un producto híbrido, como todos los de su clase, sería infecundo.

Por esto nos alzamos energicamente contra esa tendencia, de dentro y de fuera de nuestro Partido, de vincular la política social al Socialismo o de confundir los fines del Socialismo con los de la política social. Ideológicamente deben permanecer separados, sin que sus principios mutuos sufran con el mutuo contacto. La política social, con todo su bagaje humanitario; el Socialismo, con sus principios programáticos intactos. Si verdaderamente nos tenemos por socialistas — por marxistas — hemos de ser consecuentes con los propios principios y mantenernos fieles a ellos. Aunque abramos nuestro espíritu de par en par a todas las ideas y a todos los programas, y aunque sintamos conjuntamente lo que informan al Socialismo y a la política social. Que, por otra parte, habremos de sentirlos, pues no son sino diversos ángulos ópticos de contemplación del mismo problema: el planteado cada día más trágicamente por la organización económica de la Sociedad actual.

José LAIN

ximum de libertades políticas. E insistimos que en nada nos preocupa la existencia de esas leyes. Que desaparezcan, si; hoy mejor que mañana. No porque esas leyes hayan producido efectos diferentes a los producidos por las leyes normales, sino para que la República se libere de lo que para las derechas y malas izquierdas han dado en llamar «baldón del régimen». Pero, por lo demás, no crea el Sr. Gil Robles que puede sorprender la buena fe de la Cámara con semejante cosa sin sentido. Si lo que desea es despotricar molesta y groseramente contra la República en el período electoral, lo hará de todas formas. Lo conocemos, y sabemos que, con leyes de excepción o sin ellas lo hará, insultará y calumniará a su gusto y como él sabe hacerlo. Veá, pues, por dónde juzgamos que debe importarle poco o nada que las leyes de excepción sean suspendidas durante el futuro próximo período electoral.

Capitalismo

Entre las orquestas que recorren los bares de Madrid pude admirar en una de ellas una joven violinista (Carmen Carrascal).

Basta verla una sola vez para comprender que posee alma de artista.

Pensé lo mucho que podría ser estudiando en un Conservatorio, donde pudiera desarrollar todas sus dotes musicales. Pero, como muchos, tiene que hacer frente a las necesidades de la vida y poner en vencerlas sus conocimientos.

Mientras que hay seres holgazanes que por tan sólo ser ricos pasan toda su vida estudiando, sin rendir jamás utilidad alguna a la Humanidad, cuántos seres inteligentes, hijos de trabajadores, vense obligados a ganarse la vida y no poder ampliar sus conocimientos. Absurdos del régimen capitalista.

Hay que implantar nuestro ideal. No queremos sólo tres puestos en el Gobierno, queremos todos, y barrer de una vez todos esos privilegios sociales.

Juan DEL BARRIO

Esperanto

El XIII Congreso de S. A. T. (Asociación Esperantista Internacional) se celebrará en Estocolmo durante los días 5 al 10 de agosto de 1933.

Los camaradas que deseen alguna información sobre dicho Congreso pueden dirigirse a estas señas:

E. Erikson. Upplandsgatan, 1, 3 tr. 6. g., Estocolmo (Suecia).

En Helsinki (Holanda) han celebrado los jóvenes socialistas y esperantistas una Conferencia, a la que asistieron 100 esperantistas de los países de Estonia, Dinamarca, Suecia y Alemania, en la que adoptaron la siguiente resolución:

«Que el movimiento obrero internacional se halla falto de un objetivo para su más íntima colaboración, y necesita una lengua que sea común internacionalmente para todos. Pero, sobre todo, de modo usual y especial, para Congresos y Conferencias internacionales, e igualmente en su correspondencia. Para estrechar más nuestra solidaridad proletaria, acordamos:

- 1.º Que las Internacionales Obrera Socialista, la Sindical y la Juvenil usen oficialmente el esperanto, dando de lado a la lengua nacional.
- 2.º Que a los funcionarios o secretarios de las organizaciones obreras y socialistas se les exija saber este idioma y den cursos en sus respectivas Sociedades y estén en contacto con Sindicatos extranjeros.
- 3.º Pertenecer a S. A. T. y a la fracción socialista que hay dentro de la Internacional Esperantista todos aquellos que militen en el Socialismo.
- 4.º Para la mejor intercomprensión del movimiento obrero y socialista, ayudar a la fracción esperantista de S. A. T., por medio de una información continua de colaboración, de las prácticas y métodos que más se usan de teoría y carácter socialista.»

SILUETAS DEL MOMENTO

TRAGEDIAS. — Otra vez, como veces sin cuento, el arma del cacique se esgrime contra indefensos trabajadores. No han querido someterse a la voluntad del pueblo, y en los instantes que éste pide sus derechos, los caciques locales matan como fieras, escudándose en el número y en la indefensión de sus víctimas.

Conocemos el bárbaro asesinato de unos compañeros nuestros en Castellar de Santiago, y rápidamente preguntamos: ¿Adónde va la República? Porque es evidente que, a ciencia y paciencia de las organizaciones obreras, se elimina a sus mejores militantes por obra de las autoridades pueblerinas, que sólo cambiaron el disfraz después del 14 de abril, convirtiéndose en republicanos, con el corazón lleno de odios, con la vista puesta en el desterrado de Valencianas.

La República no puede permanecer indiferente ante los hechos, porque se juega el porvenir y la vida. La masa trabajadora que se lanza, plétorica de entusiasmo, a la lucha por la libertad ve con angustia que en múltiples pueblos continúan de regidores los mismos que entonaron alabanzas al dictador zarzuelero, aquellos hombres que no les importó cambiar su filiación con tal de continuar el mismo camino; y esto es lo que es preciso que termine lo más rápidamente posible, por bien del régimen y en beneficio de la libertad.

Somos enemigos de las penas extremas; pero no desechamos la severidad en el castigo en casos como este de Castellar de Santiago, donde los patronos, convertidos en fieras, van a la casa del hombre, sin importarle que llora una mujer y un niño que ven al ser querido caer asesinado de una manera vil y cobarde, por unos salvajes que sólo conservan de humanos la envoltura corporal, pues sus sentimientos huyeron velozmente del corazón para dar paso al brote capilar en dicha viscera.

Van, en grupo, a casa de Liberio Coronado para saciar la sed de sangre, bestias sueltas que convierten un pueblo en una selva inexpugnada; excrementos lanzados por los canibales para reproducir la especie en pueblos civilizados. ¿Qué les importa que haya una mujer y una criatura, si no conocen el dolor ajeno? Van a lo suyo, a hacer una víctima, y la hacen; a imponer por el terror el culto al cacique primitivo, saltando por encima de mujeres y niños, porque les estorban; su ceguera es tan grande que si para lograr su fin se hiciera preciso eliminar a estos seres débiles, sin escrúpulo alguno los eliminarían. ¿Qué saben de sentimientos ellos! Peligra una prebenda que la consideran como un derecho inamovible, y saltan por encima de todo, como las fieras, que no conocen la debilidad humana.

Aprendieron en las cacerías a rematar a las víctimas malheridas, y esa lección repiten cuando surge el instinto salvaje que les fué inculcado en la mocedad, cuando les dijeron que nada había superior a su capricho, que su holgura económica les daba derecho a sojuzgar a los demás. Pueblos enteros sometidos al dominio feudal de una familia, sólo podían reclamar los restos de los festines que ellos organizaban; para eso la ley les daba un derecho de propiedad, la religión les perdonaba sus desafueros, la monarquía les enseñaba, con sus actos, lo que significaban el dominio y la herencia. Y estos seres, barbarizados por un régimen malsano y alcoholizado, llegaban a creerse hombres superiores, porque sus atropellos los perdonaban aquellos que en la capital se decían Poder legítimo.

En este estado de ánimo están, y es evidente que si el mal no se remedia darán serios disgustos al país, porque continúan siendo autoritarias, con etiqueta republicana; llaman a la fuerza para que ésta sea el brazo ejecutor cuando el miedo les invade, actúan rápidamente cuando se reúnen muchos y ven desarmado al obrero, cometiendo hechos de tal naturaleza que sólo con la exposición de lo acaecido en Castellar de Santiago da la impresión del grado de cultura que tienen los que usó la dictadura, los que conserva la República al frente de los Ayuntamientos de los pueblos.

«Lloraba un niño», dice el relato. Nada detenía en su furiosa carrera a los que empuñaban el arma. ¿Quizá no fueran padres! Porque si alguno hubiese sido investido de tan sagrada misión, podemos asegurar que su nivel moral era más bajo que las fieras, que tienen sentimientos de paternidad, que respetan al débil para acometer al fuerte, cosa que los caciques guerreros de Castellar de Santiago no aprendieron, porque jamás fué el respeto ajeno su norma; su pensamiento no se detuvo nunca a admirar a la mujer que llora y al niño que grita.

¡Paso al salvajismo!, conviene decir. Pero también es necesario que, como socialistas, pidamos justicia ejemplar en este caso, como hecho consumado; pero en su totalidad asistir al pueblo en sus quejas contra los procedimientos empleados por los caciques, que desprestigian a España, porque su cerrilidad es completa; pretenden continuar la negra historia del régimen pasado, sin vacilar en medios, y apelan a todos los procedimientos, por muy repugnantes que sean.

Es necesario evitarlo, porque con ello se hace justicia y se evita una lucha feroz en el país entre unos y otros, no por pasión política, sino por lo más ruin y cobarde: por la defensa de un privilegio, amenazado por la razón; por la conservación del mando, no para enaltecer la autoridad, sino para arrastrar la justicia a los pies del capitalismo y cubrir las inmundidades de los Ayuntamientos. ¿Qué importa al bandolerismo político de los antiguos lacayos de la realeza, si su misión es servir al cacique, arrastrarse a los pies del que manda, sin reparar en medios? Son republicanos hoy porque encuentran un hombre que quiere fundar un gran partido, aunque éste sea compuesto de toda la podredumbre de la vieja sociedad española; mañana servirán a cualquiera porque les dejara el puesto. Pero la República no debe seguir esa trayectoria; contra las voces de las aves pardas que gritan, la autoridad de la ley; al paso de los logreros, la razón abriéndose paso y a golpe certero, limpiando de carroña la autoridad, encarnada en el compadrazgo anterior, siendo sustituida con la moralidad de los que verdaderamente sientan el régimen.

No pueden repetirse casos como el de Castellar de Santiago. El caciquismo español no es compatible con las nuevas ideas; los representantes de las viejas oligarquías no deben habitar el suelo español, porque degradan la civilización, manchan la democracia, perturban con sus instintos de fiera la marcha del régimen y sin piedad para los débiles matan con instintos salvajes, que no se encuentran ya en las diarias notas de la prensa en ningún país civilizado. ¿Estos son los que llamaban la selección aquellos políticos que los necesitaban para sus latrocinios! Aún perduran las hazañas de los matones contratados por los que se llamaban cristianos; todavía las enseñanzas no se olvidaron, porque la justicia encubría los delitos al mandato del Poder. Por eso ahora pretenden, enrolándose en un partido republicano que no sienta reparo en unirse a ellos, continuar la tragedia anterior, como si la Historia no pasara, y perpetuar el privilegio, cosa que la República no debe tolerar, aunque para ello tenga que llegar la revolución a los pueblos más escondidos de España. ¡Con la República contra ella! Este tiene que ser el lema que dé lugar a una actuación eficaz y enérgica.

A los bárbaros de Castellar de Santiago no podemos justificarlos, porque con su dinero monopolizaban hasta la cultura. ¿Que no lo aprovecharon! ¿Qué culpa tienen los trabajadores de que hayan tirado por el camino del salvajismo? Castiguese y evitese para lo futuro, porque el mal es profundo, razón para que el remedio sea enérgico. Un pueblo soporta vejámenes cuando espera horas mejores; pero si a ese pueblo se le cierran las puertas de la justicia, acorralado por todas partes, rompe con la paciencia y también sabe tomarse la justicia que le niegan. Mediten los gobernantes que salieron del pueblo que éste reclama ser escuchado. La fuerza pública servirá al Poder constituido; pero nunca debe ser instrumento de tiranía manejado por unos caciques rurales, que no supieron nunca hablar de razón, sino que manejaron la fuerza porque tenían la autoridad para ello que la monarquía les dió. La República es, ante todo, justicia. En nombre de ella los socialistas pedimos, ante los muertos de Castellar de Santiago, ¡justicia a secas, porque no olvidamos!

Cándido PEDROSA

Cosas de las derechas

Escribir sobre las derechas es algo que resulta difícil a estas horas. Difícil porque, querámoslo o no, inminentemente, cuando a ellas tenemos necesidad de aludir, abundamos en las mismas razones que otros, por una parte, y nosotros, por otra, hemos tenido motivo de exponer ya en otras ocasiones. Su actuación—la de las derechas—no presenta a diario características diferentes. La actuación de ayer la siguen hoy. La de hoy, mañana. Y ello es el muro más implacable que se ofrece al que ha de escribir sobre ellas, amén de incurrir, repetimos, en lo ya nada simpático de corroborar asertos ya aparecidos en estas columnas. No obstante, hoy se nos presenta un tema importante. Lo suficientemente importante para que RENOVACION — que, aunque hecho por jóvenes, no divaga ciegamente—se digne acogerlo en sus columnas y le dedique el oportuno comentario. Nuestros lectores saben que el Gobierno ha accedido a que en el próximo mes de enero se celebren elecciones parciales para cubrir las

seis vacantes que existen en el Parlamento. Nosotros lo celebramos. Siquiera sea por depararnos el acontecimiento la oportunidad de pulsar la opinión del país y ver hacia quién se pronuncia. Sospechamos, aseguramos si se quiere, que se va a pronunciar por las izquierdas; más aún: por el Socialismo. Pero, en última instancia, que sean las propias elecciones quienes lo demuestren.

El pseudoderechista Gil Robles, «pollo» cavernario, ha presentado a las Cortes, con este motivo, una proposición incidental—que a la hora en que escribimos estas líneas no ha sido discutida todavía—en la que, entre otras cosas, pide que el Gobierno suspenda las leyes de excepción existentes durante el período electoral. Por nuestra parte, que sea ya para siempre. Las leyes de excepción, la de Defensa de la República, a la que sin duda quiere referirse el Sr. Gil Robles, ni nos vienen ni nos van. Pero no queremos ocultar la importancia en intención de la susodicha proposición. ¿A qué suspender las leyes de

excepción durante ese período? Ya aclaramos más arriba que en nada nos preocupan. Seríamos nosotros los primeros en pedirlo si a través del articulado de esas leyes de excepción se observara algún precepto coercitivo de las libertades políticas. Pero no hay nada. En la actualidad están en plena vigencia las leyes de excepción. Y se celebran actos políticos de toda índole; los periódicos exponen sus juicios sobre los problemas que a diario se plantean al país. Se calumnia al Gobierno, a sus hombres, a la República, a las Cortes. Y el Gobierno —nosotros no lo haríamos—se muestra tolerante y no las castiga. ¿Qué más se quiere? Sin duda, las derechas desearían una ley de verdadera «excepción», en la que se determinase que quedaba autorizado todo ciudadano a verter las mayores tropelías contra el régimen y sus hombres en la tribuna y en la prensa. ¡Y a vivir! No. No estamos en el país de los bobos. Concretamente: si las leyes de excepción no coartan en lo más mínimo las libertades, ¿a qué su desaparición en el momento crítico de una lucha electoral? No lo comprendemos. Porque, evidentemente, en las elecciones de enero ni en cuantas otras se produzcan se podrá observar mayor libertad que la que ahora disfrutamos. Por la sencilla razón de que ahora disfrutamos del má-

Hay que liberar a los camaradas detenidos con motivo de que asesinan a nuestros hombres, para purgar el Y esto ha llegado al límite de lo intolerable. Póngase en briosos de creer que seguimos como siempre. Que no la República se entregue a los caciques es inadmisible. no, y los diputados socialistas, dentro del Parlamento, de responsabilidades y en la libertad de nuestros camaradas. Los jóvenes socialistas españoles deben pronunciarse en los responsables y por la también inmediata encarcelación de los otros escenarios de

de los sucesos de Mula y Solera. Sólo faltaba eso. Enci-delito se detiene a otros. Lo intolerable tiene sus límites. libertad a esos compañeros, porque, de lo contrario, ha-queda impune como lo de Arnedo y Palacios Rubios. Que Confiamos en que nuestros ministros, dentro del Gobier-no, sabrán hacer oír su voz preñada de energía en la exigencia de responsabilidades y en la libertad de nuestros camaradas. estos momentos por la inmediata depuración y castigo de de los obreros detenidos. ¡No ocurra lo de Arnedo y tan-tragedias proletarias!

Frente al porvenir

¿Cuáles es la ruta? Una fábrica de sal en Alemania

«¿Cuál es la situación en que se encuentran nuestras organizaciones en el momento presente? A mi juicio, en un punto en el que la visión del momento nubla, sin llegar a obscurecerla, la ruta del porvenir», dice Mariano Rojo comentando el aniversario de la muerte de Pablo Iglesias.

Esta manifestación es el compendio de los que con grave miopía no alcanzan a ver claro en el período presente, período crítico, es cierto; pero por ello prometedora, donde se funden todas las vulgaridades, todos los los prejuicios, todas las reliquias del pasado, para acrisolar una nueva etapa revolucionaria, menos revolucionaria, si se quiere, que nuestros deseos juveniles reclaman; pero más revolucionaria, muchísimo más audaz que todo el ciclo monárquico a partir del siglo XVI.

¿Cuál es la ruta clara y diáfana que los jóvenes socialistas deben señalar como norte y guía a las generaciones presentes y futuras?

Constantemente se ejerce la crítica para deducir el verdadero camino del Partido Socialista, a gusto y disgusto de militantes y simpatizantes. Por unos y por otros se defienden o atacan las posiciones conquistadas o se pone a contribución las decisiones del Partido. Etapa profunda la actitud de nuestro Partido en los momentos históricos de esta época contemporánea. Momentos sentidos por todos, aunque no plenamente identificados en todos.

Y esta posición, que ha venido a romper un letargo de las Juventudes Socialistas, es la que hace a unos señalar orientaciones para el presente y el porvenir, y a otros obrar cautelosamente, sin desperdiciar momento ni ocasión para clavar los agudos dardos de la crítica más mordaz.

¿Cuál es la verdadera ruta del Partido Socialista? ¿Cuál debió ser esta ruta desde las postrimerías de la monarquía, pasando por las Cortes constituyentes y desembocando en el futuro? Es preciso decirlo. Nosotros los que estamos completamente de acuerdo con la intervención del Partido por, ante y con la República, necesitamos saber, exigimos conocer, qué posición debiera haber adoptado el Partido para encontrarse ante una ruta clara, serena, perfectamente dibujada, sin responsabilidades de Gobierno, sin temor a contaminaciones, etc., etc., que hicieran a nuestro Partido la vanguardia de la República española.

¿Dónde está esa ruta perdida durante la lucha? ¿No hay modo de hallarla? ¿Hemos perdido el conocimiento?

¡Luz! ¡Luz! ¡Luz!

Que los iluminados científicamente en este confusio-nismo dialéctico nos aclaren las tenebrosidades del momento. Fijen claramente sus puntos de vista y por adelantado nos traen el camino a que puede conducir una de las dos tácticas. Pero que lo hagan pronto, porque si no podemos suponer que aguardan al desenlace para exclamar enfáticamente:

«Lo que ha sucedido me lo suponía yo.»

Carlos HERNANDEZ

Para Antonio Cabrera

Después de leer la réplica que me dedica el amigo Cabrera, he deducido tres conclusiones:

1.^a Que coincide conmigo en los reparos que opuse a su artículo anterior. Esto es, que yo estaba en lo cierto.

2.^a Que no conoce una palabra de la «Crítica al programa de Ghot»; y

3.^a Que, siendo consecuente con sus contradicciones, «olvida» mi posición, expuesta claramente en estas columnas y ratificada largamente en el último Pleno de las Juventudes Socialistas.

En cuanto a sus posiciones...

C. H.

Si el reformismo es un adversario irreconciliable, el espíritu de ultrazquierda es una enfermedad interna que inquieta en la lucha contra el adversario. Hay que librarse de él, cueste lo que cueste.—TROTSKI

Reportajes de RENOVACION

Política internacional

Las deudas...

Hace bastantes años, cuando comenzaron a quebrar algunos Bancos, los burgueses se echaban las manos a la cabeza pensando que se derrumbaba todo el sistema económico existente. Nosotros los marxistas vemos en el fenómeno la confirmación de nuestra tesis. La quiebra de un Banco repercute en toda la conformación económica del régimen, en el cual se abría una brecha. El desarrollo del período revolucionario llegaba a grados esperanzadores. Nuestras críticas del régimen se han nutrido bastantes veces de ese tema. Pero ahora las quiebras toman una derivación insospechada hace años. No se hundieron simplemente las casas financieras. Se hunde la economía de los países capitalistas más principales. Se viene a tierra, en quiebra fraudulenta, la economía de los Estados, que no tienen inconveniente en declarar públicamente su incapacidad para hacer frente a los compromisos de pago internacionales. Sobre la actualidad gravita uno de estos casos. Norteamérica se ha sentido inflexible con sus deudores. Pero hasta última hora el forcejeo ha sido coloso. Tres notas han remitido las dos principales deudoras: Francia e Inglaterra. En las tres han proclamado su deficiente situación económica, para la cual, por otra parte, no se vislumbra salida en la ordenación actual. Y finalmente se han resignado a satisfacer el vencimiento de diciembre con muchas dudas y afirmando que será el último que cumplirán. Es una quiebra más o menos clara. Y es precisamente la quiebra de dos países típicamente capitalistas. Pero luego está el caso de Polonia, que ha afirmado que si Norteamérica le obliga a pagar, es posible que no pueda hacer frente a compromisos internacionales de carácter comercial. Y el de Lituania, que a última hora, a pesar de la intransigencia de los yanquis, ha vuelto a pedir una moratoria porque no puede satisfacer su deuda. Son, pues, países capitalistas que suspenden pagos. Como cualquier casa de Banca. Pero los Gobiernos no se suicidan, como suele acontecer con los directores de las entidades que quiebran. Se obstinan en seguir llevando la ruina a los países. En destruir su economía. Si antes comentábamos con alborozo la quiebra de un Banco, ¿cómo hemos de comentar ahora la quiebra de los Estados capitalistas? Se confirman cada día las teorías marxistas. El régimen actual se debate en sus propias contradicciones internas y no encuentra soluciones ni posibilidades de transformación. Se va acercando la hora de que entren en la dominación del Estado las fuerzas nuevas, en la mecánica política. Que irrumpan en los Gobiernos las masas proletarias. En el reloj del mundo va llegando la hora del triunfo del Socialismo.

A raíz de ser proclamada la República, los Sindicatos únicos adquirieron un auge extraordinario y sus cotizantes se multiplicaron. Los líderes sindicalistas anunciaron la rápida absorción de la Unión General de Trabajadores por ellos. Y aquí está el resultado: Escisiones de Sindicatos tan potentes como el de Sabadell, disolución extraordinaria en la tirada de su periódico, y, pareja con ella, del número de los afiliados, que abandonaron sus filas con no menos presteza con que entraron en ellas. Por último, como culminación de este proceso disgregatorio, la expulsión de Angel Pestaña de sus filas, del que, junto con Salvador Seguí, el asesinado «Noy del Sucre», creó la Confederación como instrumento sindical de lucha. Y al mismo tiempo que la de Pestaña, otras expulsiones, todas de elementos caracterizados dentro de su campo.

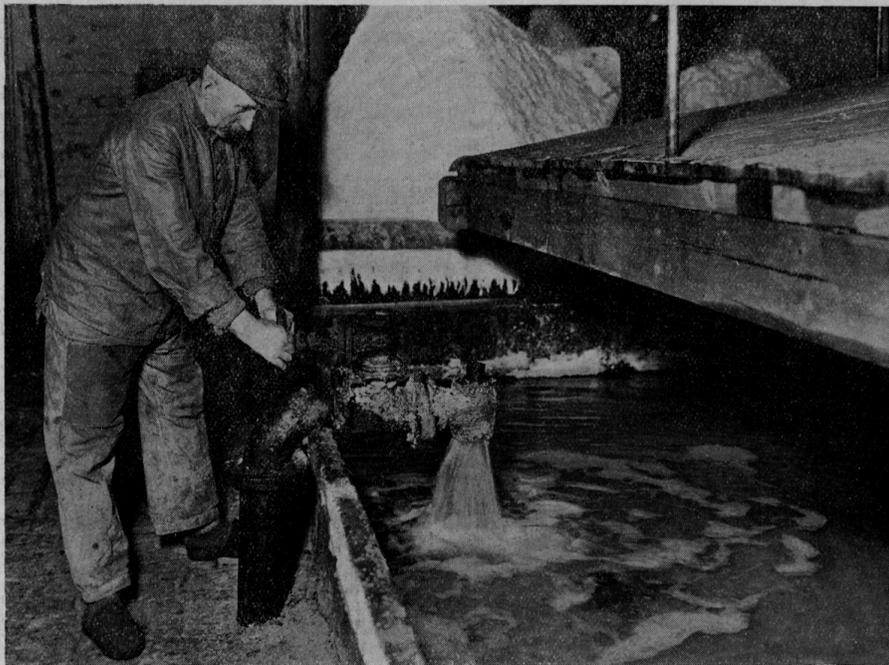
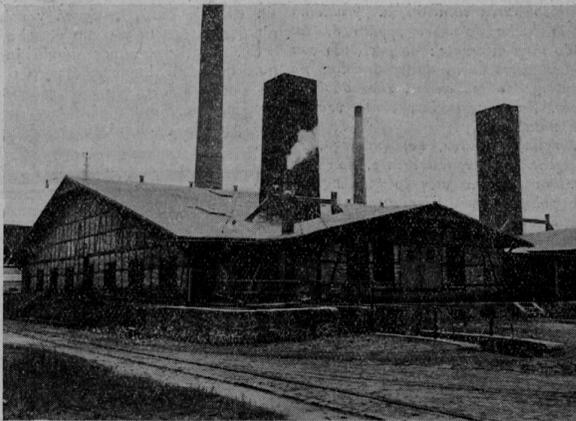
Los socialistas luchamos porque el proletariado conquiste el Poder político para sojuzgar desde él la economía y articularla en un sentido socialista. Para esta ardua tarea pedimos el concurso de todos los jóvenes.

RENOVACION continúa con este reportaje la serie iniciada hace algún tiempo e interrumpida por circunstancias ajenas a su voluntad. En adelante procuraremos ir haciendo desfilar a la vista de nuestros lectores el proceso que sigue la fabricación de los objetos que rodean al hombre o le sirven para su sostenimiento. Para hoy

hemos escogido el tema de la fabricación de sal. Se trata de un producto que todos conocemos. Que nos sirve a todos. Que ilustra nuestras comidas, por muy modestas que sean. Es algo que pudiéramos declarar consubstancial con el hombre.

Hemos escogido unas fotografías de la fábrica Haalle-Saale, de Alemania. La primera representa el exterior. Tiene el aspecto de una factoría vulgar. Achaparrada, con grandes chimeneas, empenachada de humos blancos. En su seno alberga a los muchos obreros que van transformando el agua en sal. En el exterior, vías por las cuales corren los vagones que transportan el producto hasta depositarlo en las estaciones del ferrocarril. De aquí partirá para todo el país, llegará a todas las casas. Calcúlese, pues, el poder de irradiación

vertirán en una gran riqueza. Por medio de un sistema de bombas aspirantes, el preciado líquido va a caer al recipiente donde el agua se separará de las materias sólidas que componen la sal. Nuestra foto reproduce esa fase de la elaboración. El anciano obrero maneja la bomba, y el agua va cayendo y abriendo surcos blancos que son una promesa de sal. Pronto se cierra el recipiente y comienzan los hornos a funcionar. El agua va elevándose de temperatura hasta que entra en ebullición, y entonces se evapora. Cuando se ha evaporado queda la sal en pirámides. Resta poca labor para que el producto esté en condiciones de partir para las tiendas de comestibles. Se retira por medio de instrumentos especiales y se seca. También se lava. Y ya está presta. Como se ha visto, no cuesta demasiadas complicaciones. La última de las operaciones que se verifican es la de ensacar la sal. De las montañas del preciado producto, los obreros lanzan a paladas la sal en los sacos. Se pesa. Y los sacos, precintados, van a parar a los vagones. La marca de Haalle-Saale corre en esos sacos todo el Reich.



de esa factoría de aspecto insignificante, enclavada en una de las zonas industriales de Alemania. La riqueza salinera es preciadísima en todos los países. En algunos su explotación es objeto de un monopolio por parte del Estado. En otros, éste grava con un impuesto el consumo. El producto que sale de la fábrica Haalle-Saale

es gravado por el Estado con un impuesto. Alemania ha establecido ese régimen, que hace llegar la sal al consumidor encarecida. Este, la mayor parte de las veces no se ha detenido a pensar qué es lo que sazona sus comidas, su pan. De dónde proviene. La sal se recoge del agua marina. O de yacimientos de agua salada que algunos países tienen en su interior. En el Caspio se recoge gran cantidad. En las orillas de algunos mares van formándose rocas salinas francamente imponentes, que, elaboradas, tienen luego en el mercado la valoración correspondiente. La elaboración no es muy compleja. Por la fotografía del interior de la fábrica de Haalle-Saale, que reproducimos, se verá cómo no son precisas grandes máquinas. Muy al contrario, la fotografía da idea de algo rudimentario en exceso. La elaboración, como hemos dicho, no se caracteriza por su complejidad. En la factoría de referencia se concentra el agua, que contiene el sodio y el cloro que formarán la sal, en un gran pozo subterráneo, especie de mina, que tiene muchísimos metros de profundidad. Allí se aglomeran hectolitros y hectolitros que luego se con-

ducen a los comercios. Y va, como decíamos antes, a todos los hogares. La sal es un producto democrático que está presente en todos los platos. No distingue de clases. Porque los burgueses no pueden manifestar su prepotencia echando más sal en las comidas, ya que las inutilizarían. Ni siquiera pueden distinguirse en la calidad, porque la sal común no tiene muchas diferencias. La sal, pues, es un producto universal. Se extrae del mar y se extiende por toda la tierra y llega a todos los seres humanos. Los clásicos la ensalzaban ya. Esa calidad de la sal, que necesita para no herir el paladar un punto medio discrecional, es todo un símbolo. El actual mundo capitalista, desproporcionado, necesita medir sus movimientos, administrar bien su sal, pudiéramos decir, para que no haya las desproporciones de hoy. Y eso sólo puede conseguirlo el Socialismo.

Nosotros hemos de cuidar, por nuestra calidad de jóvenes, con más ahínco que nadie de hallar para el mundo ese punto medio. Parecería traída de los pelos esta consecuencia al finalizar un reportaje que trata de la fabricación de la sal. Pero es obligada. De todo hemos de sacar consecuencias socialistas los que sentimos el ideal.

(Fotos Ebel.)